

# CARTAS POLITICAS

AÑO I.

Madrid, 19 de Julio de 1912.

NÚM. 1.

## Al Excmo. Sr. D. José Canalejas.

*Omnia pro dominatione  
serviliter.*

TÁCITO.

SR. PRESIDENTE:

Aunque sólo sea accidental y transitoriamente, por virtud de su alto cargo, representa usted hoy nuestra oligarquía, es decir, ostenta usted la máscara representativa de ese *trust* ó coalición, que diría Urzáiz, conservadora liberal republicana, que tan rápida como segura y quizá irremediablemente nos empuja á la total ruina y á la completa pérdida de nuestra independencia política y nacional.

En tal sentido, y como á tal representante, vamos á permitirnos dirigirle á usted periódicamente algunas cartas que contengan la solemne protesta que algunos ciudadanos quieren formular contra aquélla, no en nombre de la Patria, palabra ya degradada y de significación desconocida en vuestra jerga política y en la oratoria rastrera y contradictoria, pueril y vana, aunque siempre sonora, de vuestro Parlamento, ni siquiera en nombre de un pueblo que, empobrecido y miserablemente arruinado, apenas puede dar ya señales de existencia; pero en nombre de la raza, que es algo más íntimo, universal y transcendente.

Protesta, Sr. Canalejas, que pueda dejar á salvo y como por sobreencima de los sentimientos patológicos y de las raquílicas y desquiciadas ideas de nuestros gobernantes, el sentido común, al menos, y la alta espiritualidad de un pueblo que, aun venido á aquel extremo de abyección y de desesperanza, todavía conserva algunas de aquellas intrínsecas y nobles cualidades por cuya virtud pudo marcar ancha y perdurable huella en la historia de los hombres.

Protesta, por otra parte, tanto más legítima, cuanto es más oportuna y exigida por las actuales circunstancias.

El estado económico del país, que no puede ser más lamentable; la ruina de nuestra hacienda pública, que no puede ya ser más evidente; el abandono por parte de los directores políticos de toda clase de intereses públicos, morales y materiales, aun de los más apremiantes y rudimentarios; el reciente espectáculo dado en nuestro Parlamento, donde la voz fatídica de «sálvese el que pueda» parece haber resonado, arrastrando en

una ráfaga de locura el prestigio de nuestros más encumbrados políticos; todo ello, decimos, exige con perentoria exigencia alguna especie de manifestación pública que ponga de relieve ante las gentes la inferioridad real y positiva en que esa oligarquía se halla con respecto al pueblo á quien oficialmente representa.

### Graves advertencias.

Conveniente es advertir á los extraños, que nuestra masa social no puede hacerse solidaria de los desatinos, ignorancias y claudicaciones de aquellos que sin ninguna clase de rectas y proporcionadas cualidades, sino tan sólo por sus artes corruptoras, se enseñorean de nuestros destinos nacionales. De otro modo, corremos ya el riesgo de que justificadamente nos miren como á salvajes.

Indispensable es dar á entender á los propios oligarcas, que no obstante sus sufrimientos y sus debilidades, á pesar de la miseria en que le han sumido, el pueblo se da exacta cuenta de los manejos y aun de las culpas de sus gobernantes. En otro caso, al seguir considerándonos como esclavos é inferiores, aquellos continuarían, con mayor tranquilidad y desahogo, hasta nuestra completa ruina, explotándonos.

Honrado es, por último, hacer saber al Poder moderador, que esa oligarquía y, principalmente, los partidos gubernamentales, abandonando su propia y verdadera significación constitucional y representativa, ilegítiman el régimen entero, minando, por consiguiente, las raíces mismas de la institución monárquica y exponiendo al país ó preparándole á un salto mortal en las tinieblas de una anarquía que parece enseñorearse ya de todos nuestros elementos y manifestaciones sociales.

No estamos envilecidos ni somos palaciegos, Sr. Canalejas. Hablamos con sinceridad; porque somos tan ajenos á vuestras politiquerías, como á vuestras ambiciones.

Por lo mismo, nuestra opinión reúne los más elementales requisitos para la posibilidad de todo acierto; que si la distancia es necesaria para la perspectiva, no menos indispensable es el apartamiento de esas luchas pasionales, para la rectitud de todo juicio.

### Nuestra única fuerza de coesión.

Hay que declararlo alta y noblemente. En un país como el nuestro á la hora de ahora absolutamente desorganizado; donde faltan toda clase de instituciones públicas que pudieran servir de unidad é imprimir dirección á nuestras inarmónicas actividades colectivas; donde los partidos y sus directores han venido á tan patente degeneración, sólo la Monarquía—sobre todo cuando como aquí sucede, en ella se han refugiado las únicas energías nacionales—puede ser condición de su soberana é independiente existencia.

Así tendrán que reconocerlo cuantos sean capaces de mirar serenamente, sin egoísmos ni temores, nuestra situación actual y los peligros que nos amenazan.

¿Cómo, pues, explicarse que esos partidos monárquicos y gobernantes contribuyan al desprestigio de aquélla, haciendo lo posible para que el país pierda de vista que dicha institución constituye hoy la necesidad más apremiante de su vida entonces cuando precisamente ha llegado la hora de todas las huidas y dispersiones, hasta de la huida de la lógica y de la dispersión de los conceptos y nociones más elementales?

Y, sin embargo, así es. He aquí la primera cuestión de las que concretamente vamos á tratar en estas cartas. Antes, sin embargo, de entrar de lleno en materia y como para desbrozar el camino, creemos necesarias algunas consideraciones generales. Después nos será más fácil demostrar aserto tan importante.

Para ello no tendremos, por cierto, que echar mano de ninguna especie de hondas reflexiones sociológicas, que si usted Sr. Canalejas, sabría poner en sus puntos, no nos lo agradecería el común de los lectores. Nos basta tan solo acudir al arsenal de vuestros propios actos y á la irreflexiva espontaneidad de vuestros juicios y afirmaciones.

### Irreflexión de nuestros gobernantes.

Mas vea usted que con éstas se enlaza una cuestión previamente importante. En estos últimos tiempos viene usted hablando ó, mejor dicho, haciendo alarde de su alta personalidad consciente.



Mal síntoma, Sr. Canalejas. La verdadera superioridad y la grandeza andan reñidas, muy reñidas, con la soberbia. Ellas, por el contrario, hacen solo, como decía nuestro poeta, las cuentas con su humildad, adonde lo más es menos. Ya verá usted cómo se lo demostramos más adelante.

Por ahora, y ateniéndonos á sus *conscientes* afirmaciones, sólo queremos preguntarle: ¿Se dan ustedes cuenta exacta y reflexiva del hecho que dejamos anteriormente consignado? Es decir, ¿son ustedes conscientes de la rectitud política de sus actos como gobernantes, saben, por modo reflexivo, el término adonde conducen sus desenfrenadas actividades públicas, adónde llevan ustedes á la Monarquía y á nuestro Estado nacional? ¿Sí, ó no?

Si lo primero, saquen ustedes la consecuencia; que nosotros no nos atrevemos á hacerlo. De un lado, nos lo veda el respeto que hemos de guardar siempre á las personas. De otro, nos lo impide el miedo que nos causa pensar que haya quien, voluntariamente y dándose cuenta de ello, se atreva á cargar con tan tremendas responsabilidades.

Si lo segundo, retírense ustedes de la vida pública, ó al menos de esas direcciones de nuestros partidos; porque carecen de las principales cualidades que distinguen á todo estadista; esto es, carecen de la previsión más rudimentaria.

En ello no hay ningún riesgo de personaldesmerecimiento. *Non omnis omne*, no todos todo, Sr. Canalejas. Al contrario, sus altas personalidades se destacarían más aún, entonces cuando pudieran asentarse en sólidos fundamentos; esto es, en lo íntimo de su superior conciencia; allí donde no caben ni farsas, ni vanidades; allí donde reside ó se manifiesta, con la pequeñez de nuestro ser, la grandeza transcendental de nuestra vida perdurable.

#### Labor gubernamental del señor Canalejas.

Y ahora, vengamos á lo que importa. ¿Se acuerda usted, Sr. Canalejas, de la tremenda catilinaria de D. Melquiades Alvarez? Plenamente demostró que de toda aquella propaganda religiosa, política y social de usted, verdaderamente radical y revolucionaria; de toda su labor de treinta años, sólo había resultado una especie de parto de los montes.

Y, ante todo, perdónenos que le hayamos recordado á D. Melquiades. Comprendemos que el Sr. Alvarez sea el parlamentario que más le molesta. Pero, ¿sabe usted por qué? Pues, precisamente, por ser cuña de la misma madera; porque D. Melquiades es el político que más á usted se le parece.

Como á usted, toda la fuerza se le va, políticamente hablando, por la boca. Después, ya vendrá el tío Paco con la

rebaja. Su fantástico é imaginativo temperamento, dócil siempre á toda variedad de doctrina, le empujará también en toda ocasión hacia las contradictorias orientaciones nacidas de los hechos, de las circunstancias opuestas de una realidad siempre movediza, pasajera, inestable, que no puede ser explicada sino por los grandes principios absolutos que ustedes olvidan ó desconocen.

Suponemos, Sr. Canalejas, que usted no se asusta de las palabras; que su cultura sabrá llevarle á la consideración, no de los sonidos, sino de las realidades por ellas significadas.

Así, bien podemos decírselo. Son ustedes dos eminentes anarquistas.

Cierto que en esto no van ustedes mal acompañados, porque entre nuestros políticos hay anarquistas para todos los gustos. Los hay hasta anarquistas católicos y anarquistas del tradicionalismo. Claro es que á estos les sobran tales mo-tes, ya que en el fondo, bien examinado todo, quedan tan sólo siendo anarquistas. Pero ello es así, por desgracia. Ya lo demostraremos cumplidamente.

Prosiguiendo ahora en nuestro tema, decimos: De toda la labor llevada á cabo por usted en cerca de tres años que actúa como Presidente, sólo de dos cosas se ha atrevido usted á alabarse: de la ley del Candado y de lo de los Consumos.

#### Lo del candado.

La primera, como usted comprende, aunque no pueda confesarlo, es tan solamente una puerilidad sin otra importancia que la significativa demostración del cambio de sus opiniones con respecto á lo que usted llamaba cuestión religiosa.

Quedamos pues, en que no hay tal cuestión. Que ella fué inventada por ustedes para que les sirviera de plataforma y como de pretexto para charanguescas peroraciones.

Al decir ustedes, nos referimos á los de la derecha como á los de la izquierda. Sirvió á los unos para atraerse á nuestras masas neutras bien avenidas con las tradiciones cristianas y familiares; á los otros, para soliviantar y entretener á las masas inconscientes y bullidoras; á todos, para sobreexcitar en su beneficio las más hondas pasiones populares.

Mas, ¿cómo podía haber semejante cuestión aquí donde á todos nuestros políticos, caciques y mercaderes, ricos y pobres, salvo individuales excepciones, dominados como se hallan por un escepticismo verdaderamente salvaje, les importa tan poco toda clase de religiones?

Las cuestiones no lo son en el sentido público y social, sino cuando su objeto sea suficiente á mover las conciencias promoviendo alguna especie de hondos convulsiones en los sentimientos sociales.

Tal vez en el fondo de todo esto exista una cuestión batallona; pero en todo caso ella es antes económica que religiosa. Para resolverla, créanos, Sr. Canalejas, tanto usted como los políticos hasta ahora de tanda, son ustedes absolutamente impotentes; porque para ello son indispensables estas dos condiciones extraordinarias: Ser sincera y profundamente religioso, sentir de modo radical é íntimo el amor á Dios y á la justicia y ser un financiero, un economista formidable.

He ahí dos cosas que quizá le parecerán á usted opuestas ó contradictorias; hablaremos de ello puesto que tal cuestión se enlaza con nuestras más importantes necesidades.

#### Lo de los consumos.

Respecto de lo segundo, es decir, de lo de los consumos, si no produjesen indignación las disposiciones con que usted trató de sustituirlos, materia sería de grande risa ver cómo, al cabo de medio siglo de luchas y habladurías, salía usted conformándose al presente con muestras de liberalismo análogas á las que dieron los buenos revolucionarios del 68 cuando á los acordes del «Himno de Riego» arrastraban los fielatos y cassetas de los consumidores.

Sólo que nadie pensó entonces en leyes regresivas y medioevalescas restablecedoras de privilegios que, si pudieron estar justificadas en otras edades de distinta organización social en que las clases se hallaban precisa y legalmente determinadas, constituyen hoy la más inconcebible de las aberraciones.

Recordemos que estuvo usted abocado, y á ello le invitaban sus periódicos, á llegar hasta la tasa de los artículos de primera necesidad ó á la de los servicios de los comerciantes llamados ultramarinos. ¡Valientes principios económicos! Soberana manera de realizar el derecho y la justicia, haciendo de un modo caprichoso que unos ciudadanos vivan á costa de los otros!

¿Va usted viendo, Sr. Canalejas, cómo se mueve usted tan sólo impulsado por los hechos y las circunstancias, arrastrado por el atrevimiento de los unos, por la presión de los otros, por eso que hallado usted, hablando de Cataluña, *estados de conciencia*, y que no siendo sino puras palabras le costaría gran trabajo definir, pero que en resumen, se traducen en amenazas de los egoístas y de los ambiciosos, es decir, de los desordenados?

Hasta aquí no aparece por ninguna parte su alta conciencia; es más, no vemos ni aun la necesidad de ninguna clase de direcciones. También las cosas por sí mismas se ordenan y se dirigen, cuando no por la razón y por lo que exigen el orden moral y la justicia, por el imperio de la fuerza bruta. Los salvajes, como los animales, tienen también



esa especie de suprema dirección. La que les imprime la fatalidad de las leyes físicas y fisiológicas á que principalmente se hallan sometidos.

### De algo más importante.

No podemos por hoy seguir ocupándonos en esos sus aciertos gubernamentales. Algunas otras cosas más importantes se han perpetrado en su tiempo, de que por cierto—y esto ya es un síntoma—no se atreve usted á vanagloriarse. Y no nos referimos al engendro de eso que llaman ustedes las mancomunidades como pudieron llamarle de las *Hermandades*. Sobre ello ofrecemos á usted una de nuestras primeras cartas.

En este negocio hay necesidad de poner las cosas en su punto, pese á los conservadores, y á los liberales, y á los republicanos, y á los maestros Azcárate, y Alvarez, y Mauras, y Cambós, y á las zarandajas y charlatanerías de todas clases.

Por lo demás, en la votación de esa ley ha procedido usted, Sr. Canalejas, como hubiera procedido cualquier jefe de jarka, esto es arrastrando á sus parciales por el interés ó por el miedo. *Omnia pro dominatione serviliter*. ¿Pero qué especie de superioridad consciente es esa que se conforma y se satisface con obligar, no racionalmente á las conciencias, sino tan sólo á las voluntades interesadas? ¿Qué valor moral puede tener todo esto?

Tampoco queremos tratar ahora del al parecer intererado descuido con que el Gobierno ha procedido no estimulando al ministerio fiscal, que le está subordinado, á la persecución de delitos que afectan á todo el orden público y social.

Aunque de las denuncias del Sr. Gasset descartáramos todo aquel embrollo del inaudito sobreesimimiento de unos procesados, sobreesimimiento que tan mal parado dejó, no diremos sólo á los Tribunales—aquí siempre se acostumbra á cargar todas las culpas sobre los pequeños ó los inferiores—sino principalmente á los representantes del poder ejecutivo, todavía queda en pie, Sr. Canalejas, el hecho delictivo.

Porque sobre la realidad de tan ruidosa falsificación, no creemos que se haya sobreesido. La categoría, la figura de este delito, no permite equivocaciones sobre su existencia. En él, ni aun siquiera es fácil perder la pista que en definitiva pudiera conducir á la determinación de sus autores.

¿Como, pues, cruzarse de brazos ante la existencia de delitos consumados pero no prescritos? Con razón decimos, que estas dejaciones suponen interesados miramientos. Mas ¿cómo ocultar que, tratándose de un delito relacionado con las elecciones, alguien hay en el Parlamento que se aprovecha de sus resultados y efectos?

Nosotros somos nosotros, Sr. Cana-

lejas; pero ¿qué sentido moral es este?

¿Y pensar que los interesados en tales lindezas pueden ser los mismos que han actuado más despiadadamente como fiscales moralizadores en la cuestión de los suplicatorios! Medrados estamos si todo es así de justo y acertado en tan transcendentales asuntos.

### La selección.

Porque recientemente ha hablado usted de la necesidad de una selección en el cuerpo ó personal de nuestra judicatura. Muy bien dicho, señor. Pero ¿quiénes habrán de ser los encargados de semejante selección de los jueces?

Sin duda que no pueden ser otros que aquellos mismos que los nombran, los protegen, á veces los persiguen y siempre los subordinan ó los coaccionan.

Y no nos salga usted aquí con que esos nombramientos son hechos conforme á las leyes, á las oposiciones y demás cómicos traspanojos. A estas alturas eso sólo puede decirse á cualquier pobre diablo de Colmenar ó Vitigudino.

Los demás andan todos en el secreto saben muy bien á qué atenerse y comprenden que á esas selecciones de la judicatura y de toda clase de funcionarios, á esos nepotismos con que no sólo Romanones ha de satisfacer los apetitos y concupiscencias, se refieren tanto la *mondonguería*—expresiva palabra del Sr. Maura—de los liberales en la que puede haber embutidos malsanos y peligrosos, como á la *patiserie* de los conservadores, en la que también, aunque presentadas con cuidadosa limpieza, pueden darse cremas envenenadoras y putrefactas.

Quedamos, pues, en que sólo ustedes pueden hacer dichas selecciones. Pero, y á ustedes, ¿quién les selecciona? Porque ya usted comprende que sin ésta, aquélla resultará, sobre inútil, peligrosa.

Así es como las responsabilidades suben á mayores alturas. Fatalmente, antes arriba que abajo suelen encontrarse.

La lógica de las cosas, á semejanza de la lógica mental, no se detiene nunca sino en los fundamentos donde las realidades descansan.

Tal sucede, sobre todo y desgraciadamente, en estos grandes negocios colectivos que, regidos por las leyes universales de la especie, no pueden determinarse por la ley que á las voluntades individuales más particularmente se refiere.

Y he dicho desgraciadamente, porque á causa de ello y mediante sus desaciertos y pasiones, sin peligro alguno para sus personas, ni aun para sus particulares medros é intereses, están ustedes jugando, no sólo políticamente, sino que podría decirse antihumanitariamente, con algo que se halla más alto y á quien personalmente aquellas responsabilidades no alcanzan.

Por lo mismo, ó hay quien lleve á ca-

bo aquella última selección, ó todo aquí corre inminente peligro de ruina; que no hay nada que pueda oponerse el cumplimiento de las leyes fatales de la Naturaleza.

Nunca el orden moral será violado impunemente, porque en definitiva no añade al orden fatal de la Naturaleza otra cosa que el conocimiento del mismo y la libertad con que, después de ser conocido, pueda ser respetado. Pero que se le conozca ó no, que se le sometan ó no libremente los humanos, la Naturaleza obrará siempre conforme á la ley de sus destinos.

Inútil sería por lo tanto, que hubiese algún insensato que, disponiendo por ejemplo, de algún cañón ó artificio de extraordinaria potencia, pretendiera, violar la ley de la gravedad disparando un proyectil á las alturas. En su insensatez, y viendo que se retardaba la caída del grave, quizá lleguase á creer y hasta á decir á las muchedumbres asombradas: ved ahí cómo no hay tal ley, ó cómo yo la domino.

Quizá, también, aquel matemático retardo diera lugar á que las gentes, inocentemente convencidas, se dispersasen y hasta se olvidaran del suceso. No obstante, el proyectil caería más ó menos tarde con la precisión de todas las proporciones, aplastando, tal vez, á los que ninguna culpa tuviesen en semejante locura y en tan satánico atrevimiento.

### De los suplicatorios y otras violaciones.

Tampoco podemos entrar hoy en el detenido examen de ese golpe que al poder legislativo habéis logrado dar con vuestro acuerdo sobre los suplicatorios.

Contribuyendo á él, no sólo ha negado usted de hecho los fundamentos mismos de todas las doctrinas que sustentara durante su larga vida pública, sino que ha puesto usted de manifiesto con la inconsistencia de sus ideas, una tal desorganización en sus conceptos, que dice muy mal de su ilustración y su cultura. Hasta tal punto es así, que más parecen ellas de acarreo y como de almacenaje, que conscientes y sistematizadas.

Habiendo de luchar con toda clase de intereses y de pasiones, á veces con las más violentas y con los más poderosos, los legisladores no pudieron menos de ser, en todo tiempo, independientes y soberanos. Cualidad ó condición primera de todo legislador es la de su independencia, la de estar al abrigo de toda clase de asechanzas y de temores.

Los reyes y los nobles pudieron ser legisladores por eso mismo. Los unos, por ser soberanos; los otros, por participar de la soberanía en virtud de su propia fuerza. Después, cuando el mudar de los tiempos, exigió la intervención del pueblo y de los *comunes* en el deter-



minar el derecho y la ley, la naturaleza de las cosas tuvo que proporcionar análoga independencia á los procuradores en Cortes.

¿Ni cómo iban éstos á ser tan cándidos para meterse, como suele decirse, en la boca del lobo sin ninguna clase de garantías? ¿Cómo ir á las Cortes absolutamente desarmados y á disposición del poder y de la fuerza de aquellos precisamente á quienes iban á fiscalizar y cuyas ambiciones habían de reprimir?

Hubo necesidad de declararlos inmunes y á veces hasta de facilitarles fuerzas ó guardias defensoras. La inmunidad, pues, nació ya en nuestras antiguas Cortes, y fué entonces tan amplia que no se limitaba al orden penal. A los procuradores ni siquiera se les podía demandar civilmente. La procuración producía en este orden una especie de excepción dilatoria.

¿Y cómo en nuestro tiempo, en que la representación política ha alcanzado tal importancia que puede decirse que el Estado se funda en ella, podrán ser sometidos los más altos representantes de la nación y de la sociedad á las acechanzas de los otros poderes, delegados en cierto modo de la soberanía que únicamente ejercen el rey y aquellos representantes?

No desconocemos el argumento de ustedes. No puede quedar la tranquilidad de los ciudadanos á merced de aquellos que para delinquir se prevalecen de su impunidad parlamentaria. Es cierto.

Mas, en primer lugar, ello significa que siendo abstractamente verdaderos los dos principios, en este punto y cualquiera que sea la causa de ello, se da hoy una colisión verdadera.

Ahora bien; toda colisión de este género se resuelve siempre en favor del derecho que al orden más universal y de mayor transcendencia se refiera. Entre el orden político transcendente á todos los intereses sociales públicos y privados, y el orden particular que no afecta sino á los individuos, hay que estar por el primero.

Los perjuicios que puedan sufrir uno ó varios individuos y aun una ó varias familias, no guardan proporción con los que pueden afectar á la sociedad entera subordinada al orden político.

Por consiguiente, ese vuestro principio, esa segunda verdad, carecen de importancia y de eficacia ante la verdad de aquel principio primero garantizador de la independencia de los legisladores.

En segundo lugar, el Poder legislativo, que viene á ser la más alta representación social, debe sin duda ser constituido por las más altas personificaciones de la superioridad y la grandeza humanas y sociales. Parece que á una superior inteligencia, los legisladores deben unir la suprema virtud de los hombres, esto es, su amor á la justicia y al orden moral.

Si así no sucede hoy, claro es que en el Parlamento hay algo que reformar, algún vicio que corregir. Pero corregir y reformar no es matar ni destruir, y con lo de los suplicatorios habéis atacado la esencia misma del Poder legislativo, es decir, la independencia de los legisladores.

Imprudencia tremenda es tratar de destruir, cuando no se tiene con qué reemplazarla, una institución que á su legitimidad reúne el hallarse conforme con las exigencias de los tiempos, con la corriente de la ideas y con la complejidad misma de las sociedades modernas. Sembráis con ello la semilla de todas las convulsiones y trastornos. ¿A que no sabéis por qué? Cuando así habéis obrado, claro está que no se os alcanza. Ya lo diremos. Mas, como el ataque está perpetrado, ello no corre gran prisa.

Hay que observar, sin embargo, esto. Hace ya varios años, que trajisteis eso de los suplicatorios al palenque. Ello demuestra cierto empeño en poner de manifiesto—el pueblo no lo dice, pero lo probáis vosotros—que nuestro Parlamento es una especie de antro de todas las perversiones. De tal modo es así, que da gana de gritaros: ¿Pero cómo permanecéis en tales lugares?

La reflexión nos contiene, obligándonos antes á preguntarnos: ¿Pero quién hace ese Parlamento? Si contestarais que el pueblo, las carcajadas de las gentes se oirían en Torreldones. No, los hace la oligarquía. Y entonces ¿cómo quejaros? ¿Véis cómo volvemos á subir en la jerarquía de las responsabilidades?

Que si por acaso dijerais que los delincuentes suelen serlo los pocos diputados independientes que vienen con fuerzas propias, cualquiera podría responderos: si así fuera, vosotros seriais en todo caso los más delincuentes; que no hay delito mayor que el de detentar una representación cuyos actos ilegítimos transcienden á todos los intereses y á la sociedad entera.

En resumen, Sr. Canalejas, negativa y positivamente ha realizado usted todo el programa del Sr. Maura. En él se hallaba de antiguo lo de los suplicatorios. Aunque formando parte de un plan más amplio, que violaba además hondamente los fundamentos de la representación municipal, y por tanto la personalidad misma de los Municipios, si ella por acaso existiese, la cuestión de las *Mancomunidades* constituyó también, como usted sabe, uno de los mayores empeños del jefe de vuestra oligarquía.

Os habéis pasado, enteramente, al campo de los conservadores revolucionarios, que pensando hacer la revolución desde arriba, la han llevado á cabo por todos los lados. En el orden político, perturbando el régimen legítimo y legal del país, la constitución y armonía de los partidos y reconociendo cierta beli-

gerancia á pretendidos derechos regionales capaces de engendrar internas disensiones. ¡Esto sólo nos faltaba!

En el orden social, descuidando los intereses más íntimamente relacionados con el bienestar del pueblo y aun distanciando en cierto modo las clases y los organismos sociales cuya unión y armonía antes debe procurarse á toda costa.

El Sr. Maura, pues, os ha hecho cómplice de todos sus designios. Ello es sencillamente natural. Sin esa espontánea y tácita complicidad, no hubiera usted satisfecho tan pronto y tan á su costa, sus quizá, por otra parte, justificadas ambiciones. Se olvidó usted de nuestro antiguo refrán: «cuando las barbas de tu vecino, etc...» Así ha salido todo ello. Todo el mundo va á cantar aquí la palinodia.

El mismo Sr. Maura acabará por reconocer que la prerrogativa regia no se detenta solo con la falta puramente formal de presupuestos insignificantes que nada resuelven, sino antes imposibilitando la formación de robustos partidos gubernamentales y dejando al poder moderador sin instrumentos políticos digna y racionalmente utilizables.

He aquí uno de los principales resultados de esa revolución gubernamental que, ilegítimándolo todo, por fuerza acabará en una gran catástrofe. De esto nos ocuparemos inmediatamente.

Mientras tanto, quedan de usted atentos seguros servidores, q. l. b. l. m.,

Unos españoles cansados de tanta farsa.



P. D.—Aunque sería difícil metodizar—sería tanto como poner orden en el desorden mismo absoluto—los infinitos desaciertos, sofismas, comedias y rebajamiento de toda especie con que nos desgobiernan ustedes, procuraremos, en cuanto ello sea posible, sistematizar en adelante nuestra labor. La próxima carta irá dedicada al examen concreto de eso que hemos llamado gubernamentalismo revolucionario, que no va á dejar aquí piedra sobre piedra.

Dedicaremos la tercera á la ley de las Mancomunidades. Después, iremos determinando cada vez más nuestros trabajos. Hay materia larga, Sr. Canalejas. Ya quedará todo en claro.

Imp. Peña Cruz, Pizarro, 16.